

Antonio .O. López

4B

El
Florecer
de los
Lirios

Capítulo 1: De golpe y porrazo.

Yo sé quién soy, ¿realmente lo sé? ¿Soy capaz de comprender quién soy? ¿Quién soy? Aquella mañana empezaba la universidad, yo, Adrian Hernandez Castro, amaba leer, por eso me inscribí en la carrera de filología hispánica. Mis padres no estaban contentos con esta decisión, ellos querían que eligiera algo con salida, con buen sueldo y vacaciones. Yo no deseaba un futuro así. Prefiero que me lleve la corriente hasta acabar náufrago en una preciosa playa. Tras caminar y coger un autobús, ahí estaba, delante del gran portón de madera de roble incrustado en aquella sublime y majestuosa estructura.

-¡Joder, para! -gritó alguien detrás de mí.

Un chico acababa de perder el autobús. Al principio, me giré bruscamente buscando de donde procedía semejante berrido. Mis ojos se quedaron fijamente mirando a esa persona. Pelo rizado corto, ojos verde brillante, pendientes largos y plateados, expresión de enfado, propia de alguien que había perdido el autobús que le llevaría a su primer día de universidad, al menos eso supuse yo. En su espalda tenía un gran cuadrado enorme envuelto en una toalla de colores llamativos y vivos. Parecía un lienzo, de los grandes, asombraba que pudiera agarrarlo, puede que por el desconmensurado tamaño, o porque su estructura anatómica era delgada, fina y endeble. Soy de esa clase de personas que cuando ven a una persona atractiva por la

calle y que podrían, a simple vista, ser su tipo de pareja, se imagina un futuro con esa persona. Lo que yo no sabía, era el giro de trescientos sesenta grados que daría mi vida desde ese preciso instante.

Capítulo 2: Festival de emociones.

El primer día se pasó volando. Ni me dí cuenta de todas las horas que transcurrieron mientras estaba dentro de la facultad. Conocí a un par de personas agradables y estuvimos hablando sobre nuestros libros favoritos, lo preciosa que era la universidad y sobre la cara de mala ostia que tenía el profesor de historia de la lingüística española. Luego de ese entrañable momento me fui para mi casa, me senté en la parada del autobús y lo volví a ver. Esta vez no tenía ningún lienzo en la espalda, pero verlo desde cerca me hizo darme cuenta de más detalles de su rostro y su apariencia física. Sus herméticos labios y su hipnótica piel lisa despertaron cada uno de mis sentidos, abrieron todos mis poros, erizaban mi cuerpo y alma, eran el concierto más sumamente espectacular que jamás había presenciado. Se sentó a mi lado, podía sentir mi corazón latir tan fuerte que pensaba que se oía en 15 kilómetros a la redonda. Me miró fijamente a los ojos.

-¿También esperas al bus? -pronunció con sutileza.

No era ni por asomo la grave y turbia voz que escuche esa misma mañana, era fina y tranquila.

-Sí -Respondí rápidamente

-¿En que parada te bajas?

-En la avenida pintor Joaquín Sorolla.

No sabía cómo estaba manteniendo una conversación con normalidad sin verme corriendo. No soy especialmente tímido, pero en estas situaciones me dan ganas de meterme debajo de una piedra.

-Es un sitio super bonito, por cierto, ¿qué carrera estudias?, como vienes de la facultad de filosofía y letras.

-Estudio el primer año de Filología Hispánica, es un poco rollo. -reí con una especie de falsedad muy mal disimulada, de lo nerviosa que estaba. Me salió así.

-Suenan a estudiar y leer mucho, ¿no? Yo es que soy de bellas artes. No soy de estudiar

-Soltó una carcajada entre dientes.

-Hay muchos libros super interesantes y fáciles de leer sobre arte.

He de admitir que el hecho de que no le gustara leer dañó mi alma pero su cálida personalidad hizo que me olvidara de ese detalle.

-Pues podríamos pasarnos los teléfonos y quedar para que me enseñes esos increíbles libros.

Mis pupilas se dilataron como a un gato apunto de comerse una lata de atún. Una parte de mí pensaba que me estaba vacilando, pero cuando ví que metía su mano agrietada y manchada por la pintura y las herramientas sacar su móvil de su pantalón largo y caído, entonces supe que era real ese momento tan surrealista para mí.

Capítulo 3: Libros sellados.

El viento agitaba levemente las hojas contra los gruesos vidrios de mi ventana. Aquel día me sentía más feliz de lo habitual, una extraña alegría se apoderaba de mí. Notaba un cosquilleo que subía desde mis entrañas hasta mi cráneo. Como los primeros brotes de las flores en primavera, como los rayos de sol del inicio del día. No sé exactamente por qué me encontraba así, puede que sea porque llevaba un tiempo viendo al chico extraño del autobús, que se llamaba Jaime. O más bien, estaba más contento porque mis padres se habían ido de vacaciones a Cádiz y me quedado solo con mi gato Pua, negro como la ceniza. No estaba contento por el hecho de estar solo, estaba feliz de la ausencia de ellos. Mis padres son generalmente conservadores, no radicales, pero con unas opiniones bastantes antiguas y desfasadas, del siglo pasado. El día que les dije que iba a estudiar Filología, y no Derecho, casi me echan a la calle. Por culpa de sus actitudes muchas veces me sentía inútil e inservible. Un chico que jamás llegaría a nada leyendo libros y viviendo en las nubes. Jaime me alejaba de esos pensamientos, alejaba mi mente de las turbias palabras que ellos repetían una y otra vez sobre mí y mi futuro. Rompían y pisoteaban mis logros y aspiraciones, hundían en el más profundo mar todas mis capacidades y habilidades. Jaime las alegaba. Nunca había visto a una persona tan desinteresada por la lectura preguntar tanto sobre la misma. Me contó que

la nota más alta que sacó en todo su recorrido por la ESO en un examen de lectura fue un 4.2. Verle tan entusiasmado con ese tema, francamente me sorprendió. A lo mejor, no estaba en el lugar equivocado, estaba buscando la aprobación de personas equivocadas.

Capítulo 4: Destripamiento.

Ese día no teníamos ninguno de los dos clases por la mañana así que decidimos irnos a visitar el Centro de Arte Contemporáneo. No sé si considerarla nuestra primera cita, ya que habíamos quedado otras veces, pero esta fue especial. Él y yo no éramos novios, ni siquiera creía tener las más mínimas oportunidades con él. Por otro lado, podría decirse que yo estaba empezando a enamorarme. Nunca entendí realmente el concepto amor, nunca había estado enamorado, y ciertamente, me sobrepasaba. Todo con él era muchísimo mejor que con cualquier otra persona. Soy una persona muy sentimental, por eso, no me fiaba de lo que sentía y por no ilusionarme intentaba no pensar en ello. Pero es algo inevitable. Verlo ahí, con sus pintas tan características, su alborotado pelo negro y sus brillantes ojos color cactus, desnudan mis sentidos. Ese día en el museo, Jaime se abrió a mí de una manera que en las cuatro semanas que lo conocía no había visto jamás. Me contó cosas de él, de su infancia, de su familia, de él mismo. Creo que justo en ese momento, me dí cuenta de que estaba enamorado.

Capítulo Final: Danza Íntima.

Después de las clases fuimos a cenar a un restaurante precioso, el establecimiento era hermoso, y el clima era perfecto aquella noche estrellada. La gran luz de la luna brillaba más que otras veces, o al menos, esa impresión me daba. Me puse muy elegante y, ahí estaba, con mi gabardina marrón oscuro, mis gafas circulares y mi pelo medio rizado con todo el miedo de acabar plantado esa noche. Estaba tan aterrado que casi me voy para evitar cualquier cosa mala, pero no, y finalmente vino. Fue una noche inolvidable, la idea de declarar mi amor aquella noche era recurrente. Lo deseaba, cada vez que hablaba quería besarlo y amarlo para siempre. Me invitó a dar una vuelta por un parque

rodeado por grandes y frondosos árboles. Nos paramos en un mirador donde se podía observar la inmensidad de la ciudad y nos apoyamos en el muro que daba a un gran acantilado.

-Ha sido una noche bonita, ¿no? -hablé para romper aquel silencio incómodo.

-La mejor de mi vida. -Respondió Jaime con voz tranquila.

Una gran brisa golpeó mi cara dejándome completamente helado, parado debajo del imponente cielo estrellado. Se giró hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas, me miró fijamente.

-Perdona -dijo mientras se pasaba la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas.

-Es que, estoy sintiendo tantas cosas que no puedo hacer nada. -Agregó antes de que pudiera siquiera ofrecerle pañuelos.

Me rompía el alma verlo así, quería abrazarlo y simplemente hice caso a mis sentimientos. Decidí dejarme llevar. Podía sentir su calor, y fue lo más reconfortante que había sentido jamás. Nos apartamos levemente el uno del otro, pero aún estando lo suficientemente cerca para hacer lo que hice, lo besé, sin pensar ni meditar.

Nuevamente me hice caso. Tras unos segundos, me aparté rápidamente.

-Lo siento muchísimo -Me disculpé mientras casi me quebraba la voz dada a la emoción del momento. Él se me acercó y sin mediar palabra volvió a hacerlo, con más pasión todavía. Una ola de emociones invadió mi cuerpo y arrasando entró dentro de mi corazón para el resto de la eternidad. Nos apartamos ligeramente, nos miramos a los ojos y él me extendió la mano.

-¿Me concedes este baile? -Preguntó calidamente.

-Nunca he estado tan seguro de algo.